

Los eternos territorios de la caza feliz*

Quizá haya sido una carta fechada el 27 de julio de 1953 en Iowa, firmada por una desconocida señora que había leído *Al otro lado del río y entre los árboles* (1950) y *El viejo y el mar* (1952) y recibida por el autor mientras se hallaba cazando por última vez en la región del Kili-manjaro (entre finales de 1953 y comienzos de 1954), lo que decidió a Hemingway a emprender la escritura de ésta quizá menos que mitad novela y más que mitad diario personal, y de algún modo menos novela aún si se considera su carácter inconcluso, así como la *octava* de Schubert pudiera parecer a algunos menos que una sinfonía en sentido estricto, aunque no por eso haya de carecer necesariamente de ningún atributo sinfónico esencial. Lo mismo sucede con este texto, en el que la falta de conclusión no quita en absoluto nada a la felicidad de leerlo, es decir, nada tanto a la calidad de novela como a la novela de calidad en sí, en este caso con la típica marca de fábrica Hemingway. En resumen, lo que la señora en cuestión venía a decir era esto: «¿Por qué no escribe usted ALGO que valga la pena antes de morirse?». Y aparentemente *Papá* se lo

tomó en serio y volvió de África a su país y lo escribió —al menos lo empezó, y un año después de los hechos que narra— no sin antes dedicarle a su irreverente corresponsal el siguiente pensamiento, como cuenta el propio Hemingway en estas páginas: «Tú qué te crees, zorra ignorante de Iowa, yo ya he hecho eso [escribir algo bueno] y volveré a hacerlo muchas veces más». Empezó —y siguió bien lejos— lo que ahora, cuando se acaba de cumplir el centenario de su nacimiento, se publica en todo el mundo en su memoria y se llama entre nosotros *Al romper el alba* (el título original, *True at first light*, dice bastante más), sólo que al llegar a las 200.000 palabras el Maestro se paró cuando oyó el llamado no ya del feroz *simba* (león) africano sino el del muy civilizado *lyon* francés y se dedicó entonces con el mismo gozo (pero esta vez no con la misma inconsecuencia, por suerte) a describir *los viejos tiempos* de París, lo que daría como resultado *París era una fiesta*, otra obra póstuma, publicada hace ya más de treinta y cinco años.

Por cierto, no faltan en estas páginas sobre África un par de ellas

* Ernest Hemingway, *Al romper el alba, introducción y notas de Patrick Hemingway, traducción de Fernando González Corugedo, Planeta, Barcelona, 1999, 344 pp.*

(158-160) sobre aquel París «en el que todos teníamos nuestros cafés favoritos a los que íbamos solos y donde no conocíamos a nadie más que a los camareros», puesto que «no queríamos sitios secretos que empezaran a tener éxito y a hacerse famosos». Pero esto es sólo un pequeño adelanto de lo que vendría después, ya que si en París «íbamos a la caza de sitios secretos que tuvieran uno o dos vinitos buenos y un buen cocinero, por lo general borrachín [...]», aquí, en el distrito de Kajiado, y bajo las órdenes de G. C., jefe del Departamento de Caza de la administración colonial británica en dicho distrito y en aquella época, Hemingway y su cortejo de nativos wakamba andan por el momento muy ocupados a la caza de los sitios secretos del *simba* o del *chui* (leopardo) y, cuando no son animales depredadores como éstos, simplemente a la busca de los espacios abiertos donde pacen los pacíficos tommys o los kongonis (antílopes del Cabo) o los ñus con cuya carne alimentarán a la gente de la vecina *shamba* (pequeña extensión agrícola) o al propio séquito de exploradores, cazadores, porteadores, cocineros, camareros o servidores y aliados del safari en general. Por supuesto, una y otra caza, la africana y la parisina, son bien distintas, pero en el fondo (como en todas las aventuras de *Papá*) el objetivo parece ser uno y obsesivamente el mismo: este que en *Al*

romper el alba declara Hemingway a su fiel rastreador y nominalmente porteador de armas Ngui: «Ahora tenemos lo que los viejos creen que tendrán cuando mueran. Ahora cazamos bien; comemos carne buena; beberemos bien en cuanto memsahib [Mary Welsh, su cuarta y última esposa] mate su león; y tendremos los eternos territorios de la caza feliz mientras estemos vivos».

En efecto, da igual qué es lo que se cace; lo importante es que haya un cazador. Se pueden cazar leones o peces (*El viejo y el mar*) o los sitios secretos de una ciudad. La impresión resultante es que casi tres décadas después de *Fiesta* (1926), la segunda novela de Hemingway, tenemos de nuevo entre nosotros a su protagonista, Jake Barnes, con la diferencia de que si detrás de éste estaba Ernest Hemingway, ahora no hay nadie más que Hemingway, ahora no hay nadie más que Hemingway detrás de sí mismo. Y si Barnes confesaba: «No me importaba el sentido de la vida. Lo único que quería saber era cómo vivir. Tal vez si uno descubría cómo vivir, podría deducir de ahí el sentido de la vida», aquí su creador retoma la búsqueda, que no es otra —una vez más a lo largo de casi toda su obra— que la Caza con mayúscula, la del Ser. De ahí que parezca un poco descaminado el redactor de la sobrecubierta de la versión española de este libro, cuando lo presenta calificándolo de

«hermosas páginas de aventura y acción». Hermosas, sí, sin ninguna duda (e incluso bellísimas), pero no sólo de aventura y de acción, si por tales entendemos lo que se suele entender por la aventura y la acción, al menos en nuestra época.

No hay otra forma de interpretar la obcecada persecución del león de Miss Mary (que se lleva casi la mitad de la novela), o el asedio y muerte del leopardo (sólo un capítulo, pero de una densidad comparable); las intermitentes meditaciones sobre la matanza de animales, sanguinarios o no (como ésta, después de haber dado muerte a un inocente kongoni: «Allí sentado en la tienda pensé en lo aborrecible que sería eso para los vegetarianos auténticos, pero cualquiera que haya comido carne alguna vez tiene que saber que alguien la ha matado [...]); el sentimiento de felicidad y los remordimientos y los temores ancestrales a la venganza, todo ello entremezclado, siguiendo a la muerte de un animal; los despertares súbitos, sobresaltados, de *Papá* en medio de la noche africana, presa de atroces pesadillas que combatirá oportunamente con un buen trago de alcohol; la inquietud y la curiosidad y el pánico ante la propia muerte, reflejados en los ojos ya sin vida de la víctima atravesada por el disparo certero: «Allí, cargado y apretado [el ñu] ya no tenía dignidad y yacía con los ojos vidriosos y el vientre grueso, la

cabeza en un ángulo absurdo, la lengua gris asomando, como un ahorcado»; «[...] y su cara larga y triste [del kongoni], sus ojos velados y el cuello rebanado [...]»; o, de nuevo el ñu, cuyos ojos ahora «estaban empañados y tenía la lengua afuera. También la lengua tenía polvo y le habían perforado detrás de la oreja justo en la base del cráneo». Como en *Muerte en la tarde* (1932) o en sus crónicas sobre la guerra civil española (especialmente una de ellas, *Bombardeo sobre Madrid*, fechada en 1936), también en estas páginas la muerte, tan presente en la vida feliz de Ernest Hemingway —por parafrasear el título de uno de sus relatos más célebres—, hace tornasoles. Como los hacía la sangre de aquel conductor madrileño, descrito en dicha crónica, cuando su coche fue alcanzado por «un proyectil de 150 milímetros que estalló en el cordón de la acera».

Muerte y vida feliz, día y noche (el día es de los hombres, la noche, de los animales, como bien le recuerda a *Papá* uno de sus sabios hermanos wakambas), la caza del león y la caza del cómo vivir para quizá descubrir a partir de ahí el sentido de la existencia, se entrecruzan y se alimentan mutuamente en esta novela inacabada y formidable. Hemingway cita en un momento la famosa frase de su amigo Scott Fitzgerald: «En una verdadera noche oscura del alma siempre son las

tres de la mañana». La recuerda precisamente de noche, cuando afuera, cerca del campamento, entonan su fúnebre cántico las hienas; la vuelve a recordar, pero para refutarla, cuando al romper el alba se toma su cerveza y se calienta ante los rescoldos de la noche anterior. Ésta —la refutación de Scott Fitzgerald— es la verdad del amanecer, que siempre lo encuentra ya vestido y listo para afrontar el día (May, en tanto, duerme). Pero la noche oscura del alma vuelve, insidiosa, una y otra vez, con cada cre-

púsculo. Señal de que la vida feliz tiene sus bien cuidados límites, de que, efectivamente, sólo tendremos aquellos eternos territorios de caza «mientras estemos vivos», y no como creen los *mzees*, los venerables ancianos. Aunque Hemingway, a sus cincuenta y tantos años, cuando vive y luego escribe todo esto, sea también y se considere a sí mismo —aparte de un *mchawi* (brujo)—, uno de ellos, un *mzee*, entre sus amados wakambas.

Ricardo Dessau



Blake: Ilustración para la *Divina Comedia* de Dante (1824-1827).